

# El tiro por la culata

○ las huellas de la transformación de Bogotá

Mauricio Muñoz<sup>1</sup>

Facultad de Arquitectura, Diseño Industrial y Bellas Artes  
Universidad Antonio Nariño

Fotografías del autor

Fecha de recepción: 30/05/2008, Fecha de aceptación: 15/06/2008

## Resumen

Este es un artículo de reflexión acerca de la imagen de Bogotá y de cómo ésta, a pesar de haber mejorado gracias a las múltiples intervenciones arquitectónicas y urbanas que se han llevado a cabo durante los últimos veinte años para adaptarla a los cambios generados por su vertiginoso crecimiento, no ha logrado consolidarse como totalidad, debido primordialmente a la exaltación de una estética del fragmento promulgada por los teóricos y a una continua tergiversación de las normas de planificación urbana en busca de lucro individual por parte de los constructores. Esta particular conjunción trae como consecuencia una forma urbana que, contrario a lo que se pretende, parece más fruto del desorden y del caos que de alguna intención urbanística.

## Palabras Clave

Imagen de la ciudad colombiana, renovación urbana, totalidad y fragmento, arquitectura – urbanismo Bogotá siglo XX.

## Abstract

*This article is a meditation on the image of Bogotá and how it has not been able to consolidate as a whole, even though it has improved thanks to the multiple urban and architectural interventions it has gone through over the past twenty in order to accommodate the changes of its virulent growth, mostly because the exaltation of an aesthetic of fragment promulgated by theoreticians and a continuous tergiversation of urban planning laws from those involved in construction with the solely purpose of individual lucre. This particular conjunction has brought along an urban form that, in opposition to what it looks for, seems more like the outcome of chaos and confusion than the product of any urban intention.*

## Keywords

*Image of Colombian city, urban renovation, whole and fragment, architecture – urbanism Bogotá 20<sup>th</sup> Century.*

.....  
<sup>1</sup> Arquitecto, M.ARCH  
munoz.mauricio@gmail.com



## Introducción

Bogotá ha cambiado. Si para bien o para mal depende de cómo se le mire. El caso es que de ser una ciudad con 145.000 habitantes concentrados en un área de 570 hectáreas en 1910, en el 2010 se espera que la población de la ciudad sea de 8'089.560 personas desperdigadas en 36.232 hectáreas de suelo urbano (CCPR-DAPD, 1997). En otras palabras, Bogotá pasó de ser un pueblo a una megalópolis en 100 años: una *mutación*, en términos de Koolhaas.

Sobra decir que este crecimiento, esta mutación no fue gradual ni progresivo. No pudo ser planeado: las intervenciones urbanas (de origen estatal o privado) apenas si fueron paliativas para contener su fuerza expansionista. Por eso, la historia urbanística de la ciudad está llena de improvisaciones, de planes utópicos, de malos cálculos, de obras inconclusas, de intento y error.

Sin embargo, cuando afirmo que Bogotá ha cambiado (no me refiero al *cambio* en sí mismo: todas las cosas cambian), lo digo porque en Bogotá ha sido para bien. Aunque parezca difícil de creer, hasta hace tan solo unos años, aquí ¡ni se recogía la basura! Esta era una ciudad fea entre las feas: desordenada, sucia, insegura, aislada del mundo, sin parques, sin vías, sin andenes; y su gente era indiferente, fría, impasible e intolerante. Un caos.

Por eso, aunque no falten las críticas, necesarias desde todo punto de vista (no todo cambio, por bueno que sea, es perfecto), el cambio del que hablo ha sido para bien. Me refiero específicamente no al largo proceso desde su fundación en 1538, sino a aquel que se distancia de cualquier otro intento anterior y se enmarca históricamente a partir de 1988. En estos veinte años, Bogotá consiguió mejorar su malla

vial, regular un sistema de transporte masivo, proveer espacios públicos generosos, cubrir casi la totalidad de los barrios con servicios públicos, consolidar una estructura ecológica en peligro, normalizar la planificación distrital y regional, corregir muchos vicios de cultura ciudadana, y dotar la ciudad de equipamientos locales y metropolitanos que van desde escenarios deportivos y colegios hasta bibliotecas y museos.

Bogotá se ve bien o, mejor dicho, mejor. A través de intervenciones de toda índole en donde participan profesionales y técnicos de diferentes áreas, se ha logrado cambiar la cara de la ciudad por una amable, moderna, segura y dinámica. Ha sido, por tanto, un cambio de imagen. Una imagen que, no obstante ha encontrado en la arquitectura su inseparable cómplice por cuenta de los innumerables concursos públicos y privados que se han convocado para diseñar todo tipo de edificios, en la mayoría de los casos está en manos de intereses individuales que dejan a su paso la huella de una transformación morfológica fragmentada e ilegible.

En efecto, aunque mejor de lo que estaba antes, la ciudad aun luce lejos de lo que los burgomaestres pretenden, de lo que los urbanistas y arquitectos la imaginan y de lo que la gente ve en su diario vivir. Bogotá se lee, todavía, como miles (¿millones?) de fragmentos inconexos. Su imagen es provisional. La misión, entonces, es mirarla como un todo.

## Tradición Vs. Utopía

Hoy nadie duda de que Bogotá haya cambiado. Lo dicen los urbanistas, los gestores públicos, los economistas, los sociólogos, los filósofos y los administradores gubernamentales; lo dicen las estadísticas que la comparan con otras ciudades del país y del subcontinente latinoamericano; lo dice su crecimiento económico y las inversiones nacionales y extranjeras; y lo dicen los premios: aparte de la Calificación AAA otorgada por las calificadoras Duff & Phelps de Colombia y BRC Investors, en 1996 Bogotá recibió la *International Financial Recog-*

*nition* por el mejor crédito sindicado en América Latina; en el 2000, la Unión de Ciudades Capitales de Iberoamérica —UCCI— le otorgó el título de *Plaza Mayor de la Cultura Latinoamericana* y ganó el *Stockholm Challenge Award* en la categoría de Medio Ambiente; en el 2001, el Institute for Social Inventions del Reino Unido la galardonó con el *Best Social Innovation Award* y, en el Día Mundial del Ambiente le fue entregado el premio *Stockholm Partnerships for Sustainable Cities*; en el 2002, la Fundación Bill & Melinda Gates le concedió el *Access to Learning Award*, la Organización Mundial de la Salud le dio el *Reconocimiento en el Informe Mundial sobre Violencia y Salud*, y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo le confirió el *Reconocimiento como Experiencia Ejemplar de Gobernabilidad*. A esos le siguieron, en el 2004, el *Premio Ciudades por la Paz* de la UNESCO, el *Premio Ciudad Digital* de la Asociación Hispanoamericana de Centros de Investigación y Empresas de Telecomunicaciones —AHCIET—, y el *Premio Ciudad con Corazón* adjudicado por ONU en el Día Internacional del Voluntariado); en el 2005, la *Mención Especial* en el II Concurso Internacional Ciudades Activas Ciudades Saludables; en el 2006, el *León de Oro a la Mejor Ciudad* en la X Muestra de Arquitectura de la Bienal de Venecia; y, últimamente, en el 2007, la Unión de Ciudades Capitales de Iberoamérica la nombró *Capital Iberoamericana de la Cultura*, y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura —en asocio con la Unión Internacional de Editores, la Federación Internacional de Libreros y la Federación Internacional de Asociaciones e Instituciones Bibliotecarias— la declaró *Capital Mundial del Libro*.<sup>2</sup>

Pero una cosa es lo que dicen los premios y otra la percepción que tienen sus habitantes del cambio. Aunque es evidente —o precisamente por eso— las personas se muestran tanto a favor como en contra. El cambio está en boca de todos: unos (por lo general los más jóvenes) lo ven como algo posi-

.....

<sup>2</sup> Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008.

## 02. Kennedy



tivo, otros (los que vivieron quizás otras épocas más gloriosas de la ciudad y del país) lo aprecian con nostalgia. Pareciera que “todo pasado fue mejor”, como se dice coloquialmente.

“[E]n Bogotá, mi ciudad, no queda nada de lo que había [...] pasaban los buses eléctricos del ‘trolley’: ya no existen [...] [se les da el apelativo de] ‘ríos’ a los chorros de agua que siempre se llamaron ‘quebradas’, y que, por otra parte, se han convertido en alcantarillas. Aquí no se conservan ni los nombres [...] Era entonces una calle [la Avenida Jiménez] llena de buques embarrancados, como si se sintiera nostalgia de su antiguo río encajonado y subterráneo: buques en seco, hoy devorados por la herrumbre [...] Las librerías y los salones de billar ya no existen. Tampoco existe el Parque Gaitán [...] No sobrevive ya ninguno de los viejos pinos frondosos que se asomaban a la carrera séptima [...] Todo eso está lleno hoy de casas [...] Hacia el oriente, hacia arriba, hacia donde en aquel tiempo empezaban a encrespase los cerros tupidos de matorrales y surcados por quebradas, hoy trepan calles cuajadas de edificios de ladrillo, todos iguales.” (Caballero, 2007)

## 03. Av Circumalar Cll 59



Nótese que, aparte del daño irreparable que ha significado la urbanización exponencial de la ciudad sobre la estructura ecológica existente, hay un sinsabor por la ausencia de edificios que de una u otra manera estructuran la experiencia urbana: son “todos iguales”. Sin embargo, no lo son. Se parecen porque todos tratan de igual manera sus fachadas, pero naturalmente cada uno obedece a un cliente, a un arquitecto (aunque no en la mayoría de los casos) y a unas necesidades. Cada uno cuenta una historia. Son iguales pero diferentes.

El habitante de la ciudad se siente perdido: no identifica los límites de su lugar de vivienda ni reconoce los lugares que eran puntos de referencia. Bogotá empieza a parecer un laberinto, en donde todo se ve igual.

## 04. Cra 78 Cll 11C



Pero la ciudad no tiene tiempo para nostalgias. Impone un ritmo de crecimiento que —desafortunadamente para algunos, afortunadamente para otros— obliga a tomar medidas drásticas que van desde la *ampliación* de vías para paliar el caótico tráfico vehicular o para albergar nuevos sistemas de transporte masivo; la *actualización* de zonas sin valor patrimonial; la *renovación* de barrios que perdieron su atractivo comercial/residencial; la *reutilización* de edificios o áreas destinadas a usos en constante detrimento; la *división* de la ciudad en unidades manejables política, económica y socialmente; y la *densificación* ya sea para controlar la expansión de la ciudad y proteger el medio ambiente, para no reducir la cantidad de espacio público dentro del tejido urbano o para concentrar actividades según su impacto en zonas donde éste no afecte en gran medida a la comunidad. Un ritmo de urbanización que, como anota un reconocido crítico, no repara en sutilezas y acaba con la memoria de la ciudad; con su tradición:

“La especie tipológica del edificio aislado de 4 a 5 pisos de altura es, en las ciudades colombianas, una panacea universal acordada entre propietarios, arquitectos, comerciantes de finca raíz, urbanizadores y usuarios como apta para consumo por parte de cualquier clase social, desde los más marginados hasta la elite del jet-set, los narcotraficantes y la aristocracia familiar subsistente en el país. Implantada las más de las veces en el contexto de la ciudad pre-existente, la solución puntual en 4-5 pisos de altura obedece a una situación específica, creada por la obsolescencia socio-económica de un tejido urbano conformado por casas unifamiliares de uno o dos pisos. (...) Pero esa acción puntual, multiplicada bacteriamente a gran rapidez adquiere fácilmente el carácter de plaga urbana, capaz de destruir en menos de una década un frágil pero amable tejido ambiental, reemplazándolo por un hábitat mediocre, degradado con respecto al anterior, pero más denso, ciertamente más rentable, pero más agresivo contra quienes tienen que padecerlo como usuarios y espectadores.

(...) El decreto municipal que permitió la densificación del sector, pasando del uso unifamiliar de un lote a otro en el cual hasta diez a quince o más familias pasaban a ocupar el mismo terreno, con todo lo que ello conlleva, significó también la sentencia de muerte de mucha arquitectura moderna valiosa en el sector.

(...) se ha perdido ya una gran parte de las obras que serían testimonios de una tradición de buena arquitectura de época republicana o contemporánea. Obras importantes de Bruno Violi, Francisco Pizano, Hernán Vieco, Guillermo Bermúdez; Casanovas y Mannheim; Herrera y Nieto Cano; Esguerra, Sáenz, Urdaneta y Suárez; Ricaurte, Carrizosa y Prieto; Obregón y Valenzuela; Víctor Schmid; Pizano, Pradilla y Caro; Gabriel Serrano y Gabriel Largacha; Fernando Martínez Sanabria; Robledo, Drews y Castro, han sido sumariamente ejecutadas y existen ahora tan sólo en las páginas de libros y revistas profesionales. (...) ¿Qué ocurrirá si los testimonios de una historia no muy rica como es la colombiana, en esto de la arquitectura reciente, son destruidos en favor de una nivelación por lo bajo?” (Téllez, 1998: 107-117)

Para responder someramente al interrogante- podemos decir que la ciudad se quedó sin una imagen distintiva. Tras más y más decretos municipales de *actualización*, *reutilización*, cambio de uso y *renovación* urbana, perdieron su carácter barrios enteros que otrora fueron ejemplos de habitación y aparecieron muchos más (*construcción*) para albergar el vertiginoso aumento demográfico, el cual pasó de los casi cinco millones de finales de la década del ochenta —cuando escribió Germán Téllez su artículo originalmente— a los más de siete millones de hoy... Un crecimiento del treinta por ciento en veinte años.

Dicha nueva población se ubicó, aparte de en lo “pre-existente” por cuenta de la *re-densificación* de algunos sectores, en las más de siete mil hectáreas de suelo urbano que se añadieron al perímetro de la ciudad, es decir, por procesos de *expansión*. La pregunta entonces es: ¿cuál es la estrategia a seguir si se esperan en Bogotá ciento treinta y siete mil nuevos habitantes por año?



06. Cra 35ª Cll 56



07. Carrefour Cll 19 Cra 30



## 08. Paloquemao



## 09. Salitre Greco



Las propuestas se polarizan en dos alternativas: el DAPD (Departamento Administrativo de Planeación Distrital) propone ubicar la mayor parte de la nueva población en áreas de *expansión* y adelantar de forma cautelosa procesos de *redensificación* y *renovación* de lo existente en algunas áreas en el interior de la ciudad. Por su parte, la CAR (Corporación Autónoma Regional) propone ubicar la mayor parte de la nueva población en áreas producidas mediante programas de *redensificación* y *renovación*, y *expandir* el área urbana en una proporción muy limitada.

El punto de discusión es, pues, la *expansión*. Sin embargo, es evidente que la ciudad no puede crecer indefinidamente por razones económicas, políticas, sociales, demográficas y ambientales. Seguir extendiéndose a expensas de los pueblos aledaños o del suelo rural que en gran parte rodea la ciudad es inviable desde cualquier punto de vista. Si así no más es vasta, imaginar Bogotá hasta los extramuros de Soacha, Sibaté, Funza, Mosquera, Madrid, Facatativá, Subachoque, El Rosal, Bojacá, Chía, Cajicá, Tabio, Tenjo, Sopó o La Calera es impensable. Por eso, y si además tenemos en cuenta esa estadística que afirma que en la ciudad no hay sino 500 hectáreas disponibles para construir<sup>3</sup> (menos del 1,5% del suelo urbano, lo que eventualmente puede destinarse para parques o espacios abiertos), lo pensable y lo ineludible es densificar:

- “[...] por ‘demolición individual’ de viviendas existentes y sustitución por edificaciones de mayor altura, cambio de norma y presión del mercado inmobiliario.
- [...] por ‘norma mínima’ mediante subdivisión predial en lotes pequeños.
- [...] por consolidación de barrios de desarrollo progresivo, mediante ampliación del módulo inicial, cubrimiento del lote, y subarriendo parcial de áreas para comercio o vivienda.
- [...] por abandono de las viviendas por parte de sus dueños iniciales y posterior subdivisión y conformación de inquilinatos.
- [...] por llenado, mediante la construcción de lotes vacíos en el interior de la estructura urbana.
- [...] por programas de renovación urbana, mediante la adquisición y demolición de áreas completas de sectores o manzanas por un solo propietario, generalmente de origen estatal.
- [...] por programas de reciclaje, mediante cambio de uso y reutilización de edificaciones existentes.” (Rincón, 2006: 86-87):

El problema es que, fuera de los intrínquilos administrativos y normativos, aparte de los decretos y leyes que regulan el crecimiento de la ciudad en el papel, cualquier intervención que se realice en la totalidad o en alguno de sus fragmentos afecta la imagen de la ciudad: cambia la forma en que la vemos. Es, por tanto, un problema estético; de diseño. Un problema que no recae en las administraciones

.....  
<sup>3</sup> Mariano Pinilla, Presidente de la Corporación de Curadores Urbanos de Bogotá, en “Se Agota la Tierra en Bogotá”, Archivo Contenido Guía de Empresas, www.metrocuadrado.com, 2007.

públicas ni en aquellos encargados de redactar las ordenanzas. La imagen de la ciudad es un problema que —en el terreno— debe ser solucionado por los arquitectos y los urbanistas.

Por eso, en lo que nos compete, no se trata de cómo se controle el perímetro urbano o de cuánto aumente el número de habitantes por hectárea. La mayor o menor densidad no es condición para una *bella* ciudad. No se trata de un enfrentamiento entre ciudad compacta y ciudad difusa como pretenden hacérselo entender los expertos, pues ambos modelos tienen sus pros y sus contras, así como particularidades (geográficas, comerciales, demográficas y culturales) que hacen inclinar la balanza hacia alguna de las dos u optar por otros modelos. No se trata de escoger entre Manhattan o Los Ángeles, de pretender implantar el esquema de París, Ámsterdam, Berlín o Tokio, o de tener un fragmento inspirado de cada una de ellas desperdigado por la ciudad. Se trata de que Bogotá logre unir sus fragmentos coherentemente; de que los re-contextualice:

“Cuando se considera que las capitales toleran una mayor diversidad de formas de vida, cuando se tiene en cuenta su vocación cosmopolita, se reconoce su función recontextualizadora en el sentido de que permiten el acceso a conocimientos y prácticas mundialmente disponibles. Pero la función recontextualizadora no sólo permite un acceso. También incluye una selección y una reestructuración de lo recontextualizado que lo dota de un sentido en el contexto local (...) La recontextualización incluye una transformación de lo seleccionado en un contexto de origen, transformación que le otorga sentido y pertinencia en el contexto de destino. Esa transformación puede ser más simple o más compleja. Sin esa transformación se producen trasplantes frustrados: lo traído no adquiere sentido —o no tiene mercado—, o los tiene muy limitados.” (Mockus, 1996: 384)

Reducir esta *recontextualización* a términos estrictamente disciplinares significa que los arquitectos reasuman su labor de diseñadores de la forma de la ciudad con sus objetos; que los urbanistas a través de sus intervenciones conecten dichos objetos y les den una lectura total; que el paisajista/ambientalista teja una red de relaciones naturales que se alternen con el paisaje artificial, en fin, que todos actúen en pro de una imagen pública definida, y no como cabos sueltos, cada uno interpretando y manipulando normas a su antojo en el afán de obtener el mayor beneficio económico.

Suena a utopía. Y lo es. Como escribió Antonio Caballero en la guía ya citada, “en Bogotá casi todo es imposible, salvo lo ilícito”: lo ilícito, lo inicuo, lo malo, lo arbitrario y lo indebido. Están por todos lados. No se necesita recorrer distancias astronómicas para darse cuenta de que a los procesos de transformación de Bogotá les salió el tiro



11. La Merced



12. Galerías



13. Troncal N.Q.S.



14. Cra 7 Cll 39



15. Cll 27 Cra 13



16. Cra 30 Cll 79



por la culata. Los ejemplos abundan: al norte (1), al sur (2), al oriente (3) y al occidente (4); en lotes medianeros (5), vacíos (6) y abiertos (7); en barrios industriales (8), residenciales (9), tradicionales (10), de conservación (11) o en franca decadencia (12); en troncales (13), avenidas (14) y calles de todo tipo de tráfico (15); por ampliación de vías (16), por desarrollo progresivo (17), por re-densificación (18) y por cambio de uso (19); en ladrillo prensado (20), en bloque aligerado (21), en pañete crudo (22) o pintadas (23); amarillas (24), azules (25), rojas (26), blancas (27), negras (28), con líneas rosadas (29) o unas al lado de las otras compitiendo por cuál color resalta más en el paisaje urbano (30); como remate visual (31), como mojón (32), como borde (33), como senda (34) o como nodo (35); en sectores socioeconómicos altos (36), medios (37) y bajos (38); en edificios (39) y en viviendas (40); mostrando la huella de la construcción demolida (41), evidenciando las múltiples adiciones (42) o insinuando la estructura (43); decoradas con obras de maestros colombianos (44), con grafiti (45), con avisos (46), con el recuerdo de un aviso (47) o con avisos descoloridos (48); para albergar un puente peatonal (49), para suplir la demanda de estacionamientos (50) o como espacio público con bancas y matas muertas (51). La imagen de Bogotá es el desorden.

## Totalidad Vs. Fragmento

Aunque Bogotá está sujeta a afectaciones que pueden considerarse netamente locales, muchas de ellas también son implicaciones que pueden encontrarse en cualquier otra gran capital del mundo. El fenómeno urbano, como se sabe, es una condición global: en todos los países los centros de producción, de consumo, de cultura y de habitación se concentran en asentamientos urbanos. Por eso, y porque los elementos de la forma y sus pautas de organización son igualmente *patrimonio de la humanidad*, podemos pensar a Bogotá desde una óptica no-regionalista; desde lo genérico.

Para el habitante de una urbe cualquiera, la imagen pública es lo más diciente de la ciudad: lo que le da su carácter distintivo. Una imagen que se alterna entre lo cercano y lo lejano, que combina la escala metropolitana con la zonal y la barrial; una imagen que se logra a través de la configuración espacial, valga decir, los edificios que enmarcan las vías, las plazas, los parques y los andenes. Y si esos objetos, aparte de obedecer a la heterogeneidad propia de su naturaleza, sin olvidar que son fracciones históricas superpuestas y retazos de memoria y acontecimientos independientes, no se leen, la imagen pública se disuelve en el fragmento: la ciudad queda convertida en Bogotá.



17. Cra 30 Cll 69



18. Cll 60 Av Caracas



19. Cra 72D Cll 53



20. Av Boyacá Cll 20



21. Cll 163A Cra 8



22. Cll 86 Av Suba



23. Av Suba Cll 81



24. Cll 134 Cra 11



25. Av Boyacá Cll 50



La *legibilidad* de una ciudad, según un libro infaltable en la bibliografía urbanística sugerida por todas las facultades de arquitectura de Colombia, es “la facilidad con que pueden reconocerse y organizarse sus partes en una pauta coherente”, de tal manera que “una ciudad legible sería aquella cuyos distritos, sitios sobresalientes o sendas son identificables fácilmente y se agrupan, también fácilmente, en una pauta global.” Del mismo modo, dice el autor:

[...] la ‘legibilidad’ es de importancia decisiva en el escenario urbano [y] podría utilizarse hoy para la reconstrucción de nuestras ciudades [sin embargo] si bien la claridad o legibilidad no constituye de ningún modo la única cualidad importante de una ciudad hermosa, resulta de particular importancia cuando se consideran los medios ambientes en la escala urbana de tamaño, tiempo y complejidad.

[...] A pesar de que subsisten algunos enigmas, parece ya improbable que exista algún ‘instinto’ mágico para dar con el camino. Más bien hay un uso y una organización coherentes de claves sensoriales precisas que proceden del medio exterior [...]

Es evidente que una imagen nítida permite desplazarse con facilidad y prontitud [...] Pero un medio ambiente ordenado puede hacer todavía más; puede actuar como amplio marco de referencias, como organizador de la actividad, las creencias o el conocimiento [...] Como todo marco eficaz, la estructura [de la ciudad] confiere al individuo la posibilidad de opción y un punto de partida para la adquisición de nuevas informaciones. De este modo, una imagen nítida del contorno constituye una base útil para el desarrollo individual.

Un escenario físico vívido e integrado, capaz de generar una imagen nítida, desempeña asimismo una función social. Puede proporcionar la materia prima para los símbolos y recuerdos colectivos de comunicación del grupo [...]

Una imagen ambiental eficaz confiere a su poseedor una fuerte sensación de seguridad emotiva. Puede éste establecer una relación armoniosa entre sí y el mundo exterior [...]

A decir verdad, un medio ambiente característico y legible no brinda únicamente seguridad sino también realza la profundidad y la intensidad potenciales de la experiencia humana. Si bien la vida dista mucho de ser imposible en el caos visual de la ciudad de hoy, la misma acción cotidiana podía asumir un nuevo significado si se la ejecutara con un marco más vívido. Potencialmente, la ciudad es en sí misma el símbolo poderoso de una sociedad compleja. Si se la plantea bien visualmente, puede tener asimismo un intenso significado expresivo.” (Lynch, 1960: 11-14)

26. Av 19 Cll 104



27. Av Boyacá Cll 64



Sin embargo, la ciudad —y más en los casos de una extensa, superpoblada y compleja como Bogotá— no puede reducirse a una totalidad. Pretender un medio urbano armónico en un asentamiento mayor a un par de manzanas es una rareza, aquí y en cualquier lugar del mundo. En efecto, el encanto de la ciudad está en la multiplicidad de visiones, la superposición de estilos, la diversidad de tramas y de organizaciones que evidencian el paso del tiempo; de ser un cúmulo de fragmentos (millones, en el caso de Bogotá) que hablan por cada una de sus individualidades. Por eso no se puede hablar de homogeneidad. No se debe. Por lo menos no en un cien por ciento. Se debe

hablar, sí, de porciones de ciudad que posean cierta legibilidad, de sectores con alguna claridad visual, de barrios que comuniquen suficiente continuidad, en fin, de imágenes de ciudad que puedan identificarse dentro de cierto orden predispuesto.

En el caso particular de Bogotá, en vista de que la forma urbana es algo pocas veces tratado, nos hemos acostumbrado al caos y al desorden de la ciudad. Lo damos por hecho. Tanto que ahora nos sentimos satisfechos con que apenas se logre cierta calidad visual en nuestras burbujas de actividad: una hilera de casas adosadas con un pequeño antejardín, una vía comunal adoquinada, unas banquitas a la sombra de alguna especie importada y una fuentecita que de vez en cuando pone el celador a funcionar. Un fragmento. Un paraíso personal que se suma al parquecito con restaurantes y tiendas de diseño donde vamos a departir con nuestros familiares y amigos. Otro fragmento. El resto de la ciudad —los kilómetros que separan nuestros nichos de vanidad— no importa: ese es espacio neutro, banal y anodino. A eso nos debemos aferrar sin chistar porque es *nuestro*. Lo importante es, pues, cómo nos apropiamos de él:

“De la multitud de imágenes escogemos algunas; como en el *zapping*, pasamos de una a otra, armando nuestra propia ciudad, la ciudad de cada uno.

(...) Por eso, las imágenes urbanas no pueden ser ni confusas ni ambiguas (aunque su incorporación al sentido de la ciudad sí lo sea, ya que éste resulta de procesos arbitrarios). Deben ser imágenes emocionalmente nítidas y fácilmente interiorizables, pero esta condición no es inherente a sus formas en tanto sea sencillez o claridad de sus bordes, sino inherente a su estructura, a su condición interior, que las identifica como fragmentos; es decir, como partes independientes, autónomas en sí mismas, equivalentes entre sí y sin pretensiones de reconstitución de la totalidad urbana (esto es, sin la pretensión de querer explicar toda la ciudad o sugerir que la ciudad se explica a través de cada una de ellas.)

(...) Por esto, los estudios y las intervenciones que se realicen en la ciudad deben estar dirigidos al acontecimiento y no a su escenario, al trabajo sobre el deseo y no al modelado de las formas, ya que el observador, al hacer escogencia de éstas, lo hace en función de la satisfacción de un deseo: la fusión totalizadora entre el habitante y la ciudad.” (Pérgolis, 1998: 29-31)

La hipótesis implícita en esta manera de valorar la ciudad es que la legibilidad de la imagen no es, en absoluto, necesaria; que, por el contrario, esta puede ser tan caótica o laberíntica como se quiera, pues nuestro cerebro se adapta y, con un poco de experiencia del espacio, podemos llegar a encontrar la belleza que esconden su fealdad y desorden.

Claro. Todos los seres podemos adaptarnos a cualquier cosa: “el hombre es un animal de costumbres”. Pero, entonces, ¿para qué el urbanismo si no es para hacerse cargo de la forma de la ciudad y de su



29. Cra 7 Cll 153



30. Normandía



31. Cll 106A Av 19



32. Cll 13 Cra 74



33. Cra 30 Cll 80



correcto funcionamiento? Si renunciamos a los valores positivos de una imagen legible, negamos en gran medida la capacidad de comunicar y organizar la experiencia cotidiana. El hecho de que la ciudad carezca de dichos valores, no quiere decir que no podamos anhelarlos. No hay que esperar a que el paisaje urbano esté tan demacrado que se vuelva intolerable, aún para quienes están familiarizados con él, pues esto es en parte lo que ha generado a través de los años el continuo movimiento de la población en Bogotá alejándose de los centros históricos.

No se trata, sin embargo, de definir terminantemente la imagen de la ciudad. No es posible. Es natural que se trate de un orden abierto a las posibilidades de cambio, capaz de asumir el inevitable desarrollo posterior. Además, debemos reconocer que el laberinto es un factor importante dentro del paisaje urbano (en ningún momento se pretende que la búsqueda de la totalidad sea una camisa de fuerza para las libertades estéticas de cada usuario), pero esa ilegibilidad del laberinto no incluye el riesgo de perder la forma básica. “La sorpresa — como dice Kevin Lynch—<sup>4</sup> debe darse en un marco global; las confusiones deben constituir pequeñas zonas en un conjunto visible. Por otra parte, en sí mismo el laberinto o misterio debe poseer cierta forma que pueda explorarse y, con el tiempo, aprehenderse. Un caos completo, sin pizca de armonía, nunca resulta agradable.”

En efecto, para que exista sorpresa se requiere del observador; del usuario. Es éste el que percibe el mundo y, por ende, quien participa de la elaboración de la imagen de la ciudad por cuenta de su apropiación. Es él quien cuenta con el poder de cambiar lo construido y lo adapta a sus necesidades, siempre revaluadas. Por más que se quiera, aunque el paisaje urbano se ordene detallada y definitivamente (como son quizás los planes modernos al estilo de Le Corbusier), siempre aparecerán nuevas pautas de actividad.

Sin embargo, al contrario de los que promueven ese aspecto narrativo de la arquitectura y la experiencia urbana, en lo que concierne a la forma de la ciudad nunca habrá tantas versiones como individualidades, así el fragmento no sea a la totalidad como lo sería el ornamento al objeto (en éste su estructura es dependiente del todo que representa, mientras que en aquél las partes son independientes). El hecho de que cada edificación pueda *narrar* una historia, no quiere decir que lo haga. La realidad es prueba de ello: tomemos un barrio sin ninguna legislación, sin pautas ni ritmos coherentes, donde todos hacen con

.....  
<sup>4</sup> Op. Cit. 1960: 14

sus viviendas lo que a bien tengan. Si acordamos que la imagen de la ciudad se da por cuenta no sólo del espacio físico sino de los ciudadanos, es inevitable que dentro de su carácter autónomo las personas terminen por buscar lugares afines a sus gustos o aficiones; que inconscientemente encuentren la forma que les permite expresarse. Así, dentro de su heterogeneidad todas se parecen, bien sea por la materia (tipología, tecnología, color/textura) o por la actividad que los usuarios destinen a ella (sentido, apropiación). Son diferentes pero iguales.

No obstante, bien puede ocurrir que una ciudad ilegible como Bogotá, sin estructura ni continuidad sea la fuente de inmejorables relatos, de vivencias. Pero esa no es la idea. No se trata de poner en tela de juicio qué tan recursivos somos. No todos “habitamos en tanto que poetas”, parafraseando a Holderlein. Perpetuar la idea de que, así no se nos conceda el espacio o la posibilidad de vivir poéticamente, intentaremos una poesía o la inventaremos de la nada, es nefasto para nuestra ciudad. Los usuarios tenemos derecho a ser médicos, físicos, teólogos o piscicultores, y no poetas. No es nuestra misión encontrar rasgos de grandeza en lo azaroso. El urbanismo y la arquitectura tienen un propósito bien claro: dar forma a los objetos que habitamos y a la ciudad en la que vivimos.

“[L]o urbano es una forma pura: el punto de encuentro, el lugar de una congregación, la *simultaneidad*. Esta forma no tiene ningún contenido específico, sin embargo todo se acomoda y vive en ella. Es una abstracción, pero contrariamente a una entidad metafísica, es una abstracción concreta, ligada a la práctica. Esta forma urbana es *cumulativa* de todos los contenidos, seres de la naturaleza, resultados de la industria, técnicas y riquezas, obras de cultura, de los modos de vivir, de las situaciones, de las modulaciones o rupturas de lo cotidiano. Pero es algo más y algo distinto que la sola acumulación. Los contenidos (cosas, objetos, individuos, situaciones) se excluyen tanto que diversos, se incluyen y se suponen tanto que congregados. Se puede decir de lo urbano que es forma y receptáculo, vacío y plenitud, super-objeto y no-objeto, supra-conciencia y totalidad de las conciencias. Por una parte se vincula a la *lógica de la forma*; y por otra parte a la *dialéctica de los contenidos* (a las diferencias y contradicciones del contenido). Está ligado a la forma *matemática* (en lo urbano todo es calculable, valorable, ‘programable’, todo, salvo el drama que resulta de la co-presencia y de la representación de los elementos calculados, valorados y programados), a la forma *geométrica* (cuadriculada, circular), y, en consecuencia, ligado también a la *simetría*, a la *recurrencia* (reversibilidad de los recorridos a pesar de la irreversibilidad del tiempo, por consiguiente *legibilidad*, analogía de la simultaneidad urbana con la escritura, con el orden racional de los elementos existentes, etc.). Y sin embargo, pese a su carácter socio-lógico, lo urbano no constituye un *sistema*. No existe un sistema de lo urbano como no hay posibilidad de que lo urbano entre en un sistema unitario de formas, a causa de la independencia (relativa) entre *formas* y *contenidos*. Esto nos impide definir el fenómeno urbano (lo urbano) mediante un sistema o en tanto que sistema; y nos impide también definirlo como *objeto* (sustancia) o como *sujeto* (conciencia). Es una *forma*.” (Lefebvre, 1970: 124-125)



35. Cra 50 Cl 53



36. El Chicó



37. San Luis



Sin embargo, lo urbano es una forma que no parece ser tema de debate para los legisladores y, menos, para los urbanistas y arquitectos actuales. Los primeros analizan el problema de la ciudad desde una perspectiva netamente económica, política y administrativa (no-formal); los segundos intentan aplicar modelos y esquemas abstractos que pocas veces logran materializarse exitosamente en la ciudad (no-formalizados); y los terceros abogan por que la ciudad es sólo la sumatoria de fragmentos (es informal).

Esa es *nuestra* realidad: cuando más necesitamos del urbanismo, cuando la ciudad superó con creces las expectativas de tamaño, población y densidad después de décadas de continuo crecimiento sin que nadie se hiciera cargo de ella, nos quedamos sin profesionales que puedan abordarla. Somos espectadores condenados a la inacción. Pero aún queda una carta debajo de la manga. Ahora dicen que a Bogotá hay que imaginársela:

38. Bosque Calderón



“La ciudad, a partir de los imaginarios, atiende a la construcción de sus realidades sociales y a sus modos de vivirlas y proponerlas. Lo imaginario antecede al uso social; ésta es su verdad. Si se quiere ser más determinante podría decirse que los imaginarios sociales son la realidad urbana construida desde los ciudadanos. El mundo se vive según las percepciones que se tengan de él, y cuando éstas participan en conglomerados amplios, complejos y de contacto, como son las ciudades, adquieren mayor contundencia en su definición grupal.” (Silva, 2003:24)

Suena bien. Sin embargo, el ciudadano de hoy no será el de mañana. La ciudad trasciende a sus habitantes en el tiempo. Permanece. Es su imagen, su forma, la que atrae a las personas desde cualquier lugar. Claro, también lo que acontece en ella: su vida. Pero los residentes de una ciudad no la *construyen*: se la inventan, la recrean, se la imaginan, los barrios de vivienda los vuelven centros de ocio, las construcciones industriales las convierten en casas y apartamentos, juegan a las escondidas en sus callejones o transforman las vías en ciclo rutas, pero no la hacen. No la fabrican. Bien puede ocurrir que una ciudad o un barrio boyante decaigan por asuntos tan fuera de control como la inflación o un nuevo dispositivo electrónico o una enfermedad vacuna. Entonces sus habitantes, los que otrora la hicieron tan próspera, se van para otro lugar con sus restaurantes y sus bares y sus conciertos y sus exposiciones itinerantes. Queda la ciudad sola: sus construcciones, sus vías, sus parques y sus plazas. Las que no *construyeron* sus pobladores, tan efímeros.

39. Cra 7 Cl 119



Los que construyen la ciudad son, en primera instancia pero no en orden de importancia, los legisladores urbanos. Sin embargo, creen definir su forma con base en planos desactualizados, sentados en un

escritorio. No la ven. Crean reglas e importan modelos, pero su aplicación (llena de buenas intenciones) abrumba la práctica y rechaza la posibilidad de convertirse en forma visible. No es suficiente con la buena voluntad ni que funcionen en el papel, pues no saben de donde salieron esos esquemas perfectos (no son arquitectos ni urbanistas la mayoría de las veces) y no entienden las lógicas que sirven ni las estrategias que requieren en su lugar de destino. Y si lo saben, es imperdonable. Los hacedores de las normas pretenden pasar por encima de la realidad. Venden conceptos. Y el espacio es un producto que se comercia: no es conceptual. Los conceptos no son productivos.



En segunda instancia están los urbanistas. El problema es que los actuales (los de moda) exageran la importancia de lo acordado, de lo democrático, para después imponer. Si los de antes pecaban por hacer planos abstractos para ciudades ideales (lo que ya era una imposición), los de ahora creen manejar además cómo piensan las personas y cómo viven. Si antes se diseñaba espacio, ahora *diseñan* vida social y relaciones humanas: el urbanismo actual, en lugar de responder a las condiciones extremas que evidencia la ciudad de hoy, se asemeja más a los planteamientos de aquellos que a mediados del siglo XIX llamaron “utopistas” (Fourier, Owen, Saint-Simon, etc.). El urbanismo de ahora, de la mano de una retórica incomprensible, sirve para todo: revitaliza ciudades, cura enfermedades del espacio y soluciona problemas de pronóstico reservado. Dudosamente. Si antes, cuando las ciudades apenas albergaban un par de miles de personas, no se arreglaron, quién sabe por qué piensan que les ha llegado el momento, precisamente ahora que la población y el tamaño de la urbe se cuentan en millones de personas y en kilómetros cuadrados respectivamente.

41. Cra 30 Cll 73



Nos quedan los arquitectos. Ellos sí deberían construir la ciudad. Se supone pero no. Redujeron tanto su esfera que la forma urbana dejó de ser su competencia. Su campo de acción es el tamaño del lote. Los arquitectos están dedicados a vender a sus clientes valores etéreos (satisfacción, deleite) por cuenta de indagar por sus necesidades o por estudiarlas con base en modelos de uso. Y para cada necesidad existe un objeto. Entonces *crean* mentalmente a quien va a ocupar el espacio (su arte, su creación) y le imponen un estilo de vida, al tiempo que lo esconden: ocultan la estrategia y la lógica para volverse necesarios. Lo que hacen es magia. La arquitectura —en sus manos— está entre los intereses particulares del cliente y los intereses estatales de norma, es decir, entre el fragmento y la ilusión de una totalidad. Los arquitectos construyen objetos, sí, objetos que a la larga oprimen al uso y al usuario. Estamos perdidos:

42. Cra 30 Cll 76



43. Cll 19 Cra 10



44. Cll 19 Cra 9



45. Av Suba Cll 86



“[...] Lo que hace desconcertante y humillante (para los arquitectos) a esta experiencia es la persistencia desafiante y el vigor aparente de la ciudad, en vista del fracaso colectivo de todos los agentes que actúan sobre ella o tratan de influenciarla —creativa, logística y políticamente.

[...] Incluso mientras la apoteosis de la urbanización es devastadoramente obvia y matemáticamente inevitable, el momento final para reevaluar las dos profesiones que anteriormente estaban implicadas en hacer ciudad —la arquitectura y el urbanismo— se pospone por cuenta de acciones y posiciones escapistas, de última hora. La infatigable urbanización ha modificado la condición urbana en sí misma hasta dejarla inidentificable. ‘La’ ciudad ya no existe. Mientras el concepto de ciudad se distorsiona y se expande sin precedente, cada insistencia en su condición primordial —en términos de imagen, reglas y fabricación— lo dirige irrevocablemente a su irrelevancia por vía de la nostalgia.

[...] Ahora nos quedamos con un mundo sin urbanismo, sólo arquitectura, cada vez más arquitectura. La exquisitez de la arquitectura está en su seducción; define, excluye, limita, separa del ‘resto’ —pero también consume. Ésta explota y extenua los potenciales que sólo pueden ser generados finalmente por el urbanismo y aquello que sólo la imaginación específica del urbanismo puede inventar y renovar.

La muerte del urbanismo —nuestro refugio en la seguridad parasitaria de la arquitectura— crea un desastre inminente: más y más sustancia se erige sobre raíces hambrientas.

En nuestros momentos más permisivos, nos hemos rendido ante la estética del caos —‘nuestro’ caos. Pero en el sentido técnico caos es lo que resulta cuando nada pasa, no es algo que pueda concebir ingenierilmente o que se pueda acoger; es algo que se infiltra; no puede ser fabricado. La única relación legítima que los arquitectos pueden tener con el caos es tomar el lugar indicado en la fuerza de aquellos dedicados a resistirlo, y perder.” (Koolhaas, 1994: 959-971)

## Conclusiones

El cambio de Bogotá, notorio sin lugar a dudas, se gestiona inicialmente con fines puramente funcionales: se necesita que la gente se transporte masivamente, que las vías sean más rápidas, que los parques sean suficientes y que los andenes sean tan amplios como lo requiere el tráfico peatonal. Pero, evidentemente, el cambio también se gesta con la intención de mejorar la imagen de la ciudad, de volverla más *bella*. Por eso, no es suficiente que las intervenciones funcionen sino que también tengan un valor estético, de lo contrario la ciudad, por muy perfecto que sea su funcionamiento, será *fea*. No podemos excusarnos en el hecho de que la ciudad sea heterogénea. Eso se sabe. Se necesita continuidad en las normas (o hacer una sola que dure muchos más años), pues la constante reconsideración de las nuevas regulaciones evita que la ciudad se consolide. Se necesita que el cambio brinde una imagen mental que permita al habitante vislumbrar la ciudad en el futuro, pero que en el proceso no ponga en riesgo su forma.



46. Cra 7 Cll 60



47. Cra 10 Cll 21



48. Cra 7 Cll 40



49. Cra 30 Cll 74



50. Cra 30 Cll 70



51. Cll 134 Cra 45



A Bogotá le hace falta una *estrategia visual*, por llamarla de algún modo. Una estrategia que defina la manera como se ve la ciudad como totalidad, que conserve los valores arquitectónicos más importantes, que respete las relaciones ya establecidas entre ellos y que fortalezca su carácter público. Una estrategia que no busca coartar las libertades individuales; todo lo contrario: busca que la ciudad produzca en los habitantes una imagen mental legible. No se trata de que todos los edificios de un sector determinado se vean iguales. Totalidad no tiene nada que ver con igualdad. La totalidad se controla a través de la correcta definición de paramentos, aislamientos y cesiones, cosa que ya se hace en el papel, pero que requiere una aplicación más estricta. No es disculpa la corrupción administrativa. Una práctica ética desde la arquitectura y el urbanismo es un deber con la disciplina y con la sociedad.

No se trata de resistirnos al cambio, de anhelar con nostalgia el pueblito de antaño. Una estrategia visual acoge el cambio, lo vuelve algo inherente a la ciudad; a su naturaleza. Pero igual que ocurre con las especies naturales, en las cuales el proceso de cambio no implica una pérdida de las propiedades físicas (en todas las fases o estados de su evolución el ser está completo, estéticamente definido), la ciudad debe conservar su forma aún a pesar de su perpetua transformación; en todas las etapas debe ser legible.

“No conservamos las cosas viejas por su valor intrínseco ni como un quijotesco afán de detener el cambio, sino para mejor transmitir una sensación de historia. Esto implica, así, un elogio del cambio y de los conflictos de valores que acompañan la Historia; significa conectar el proceso del pasado con el cambio y los valores presentes, en vez de intentar separar aquél de éstos. Entonces, muchas cosas se vuelven más fáciles de lograr si se tienen en cuenta la presencia de las funciones cambiantes, si se evita la dicotomía entre el interior y el exterior de los edificios, si se escoge de un modo más libre entre las formas del pasado que admiramos y las que despreciamos, si se modifican las cosas viejas de un modo creativo y se liberan las formas ‘correctas’ de la égida del especialista, tomándose en consideración la diversidad de valores de los usuarios. El entorno puede agudizar la percepción que el residente tiene del cambio, ayudándole a conectar el pasado con su presente y su futuro. Al experto en conservación y al residente o al trabajador les es posible, de este modo, entablar un diálogo al cual cada uno de ellos aporte un diferente comprensión del lugar. En el proceso, cada cual llega a captar allí un significado más profundo, a percibir un mayor grado de continuidad.” (Lynch, 1981: 187)

Esto es particularmente importante en las intervenciones urbanísticas de escala metropolitana en las cuales deben organizarse (a nivel de percepción) grandes porciones de tierra para conformar un nuevo paisaje urbano, pues, por su extensión, éstas afectan sectores de todos los estratos y de todas las vocaciones habidas y por haber. Sin

embargo, las características de los barrios colindantes no sirven de guía para definirlos: el objetivo primordial de estos nuevos elementos (en lo que concierne a su estética y su función) es democratizar la ciudad. Por eso son *iguales* (genéricos), así pase por la zona más rica o por la más pobre. Son iguales pero diferentes.

El asunto a resolver es que, por más que sea casi imperceptible, cada sector tiene su propia estructura e identidad, por lo que la intervención impacta de *diferente* manera a cada uno de ellos, valga decir, la manera como se vive. Es pues labor del proyectista descubrir y conservar las imágenes más relevantes; resolver al mismo tiempo el problema de la percepción y cambiar la vida del lugar positivamente.

Por otro lado, como las obras de esa magnitud se desarrollan relativamente rápido (así sean cinco, diez o veinte años, en la vida de la ciudad esto no es un periodo muy significativo), no se puede pretender que en el mismo lapso los fragmentos individuales se adapten a las nuevas condiciones. Por el contrario, se debe prever un espacio de tiempo mucho más largo para que el sector se consolide y, mientras tanto, brinde una imagen pública legible. No inventar nuevas normas cada vez que algún burócrata se le antoje (un día autorizar cuatro pisos y altillo, y a los dos años permitir doce pisos y comercio), porque entonces la imagen de la ciudad será siempre una provisional, pendiente, postergada, inalcanzable.

Parece que la continua urbanización es irreversible. Y que el cambio dentro de la urbe es inevitable. Debemos cuidar los procesos; medir su impacto visual y funcional en el tiempo. Debemos manipular la imagen de la ciudad con fines formales y sensoriales, de la misma manera que dicen los arquitectos que abordan el diseño de sus objetos, pero esta vez a escala urbana. Bogotá es *nuestra* casa.



## Referencias

- ◆ Alacaldía Mayor de Bogotá (2008), “*Finanzas Sanas para un Mejor Futuro*”, Publicación de la Secretaría Distrital de Hacienda.
- ◆ Caballero, Antonio (2007), “Bogotá Literaria”, en *Guía Literaria de Bogotá*, Bogotá, Editorial Aguilar, pp. 11-21.
- ◆ CCPR-DAPD (1997), *Proyecciones de Población del Distrito Capital y su Distribución Espacial al Año 2010*, Bogotá.
- ◆ DAPD (2000), *Plan de Ordenamiento Territorial*, Bogotá.
- ◆ Koolhaas, Rem (1994), “Whatever happened to Urbanism”, en OMA/Bruce Mau (1995), *S,M,L,XL*, New York, The Monacelli Press, pp. 959-971. Traducción del autor.
- ◆ Lefebvre, Henri (1970), *La Revolución Urbana*, Ed. Castellana 1972, Madrid, Alianza Editorial.
- ◆ Lynch, Kevin (1960), *La Imagen de la Ciudad*, Ed. Castellana 1984, México D.F., Editorial Gustavo Gili.
- ◆ ————— (1981), *La Buena Forma de la Ciudad*, Ed. Castellana 1985, Barcelona, Editorial Gustavo Gili.
- ◆ Mockus, Antanas (1996), “Bogotá: ¿Indicios de una ciudad con vocación posmoderna o síntomas de una ciudad que descuida su función recontextualizadora?”, en F. Giraldo & F. Viviescas (Comp.) (1991), *Pensar la Ciudad*, Bogotá, Tercer Mundo Editores (Co. Ed), CENAC y Fedevivienda, pp. 383-389.
- ◆ Pérgolis, Juan C. (1998), *Bogotá Fragmentada: Cultura y espacio urbano a fines del siglo XX*, Bogotá, Tercer Mundo Editores (Co. Ed), Universidad Piloto de Colombia.
- ◆ Rincón, Patricia (2006), *Bogotá y sus Modalidades de Ocupación del Suelo*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- ◆ Silva, Armando (2003), *Bogotá Imaginada*, Bogotá, Convenio Andrés Bello.
- ◆ Téllez, Germán (1998), “Tour Guiado al Urbanismo Desechable”, en *Crítica e Imagen II*, Bogotá, Fondo Editorial Escala, pp. 107-117. Nota publicada en la revista Escala No. 136 de 1987.